

La Virgen en la Evangelización de Canarias

Los misioneros que evangelizaron las Islas Canarias hallaron un pueblo aborigen religioso. Según Viera y Clavijo no eran idólatras, sino deístas. En cada isla existía una o varias deidades. En Gran Canaria se llamaba Alcorac, "conservador del mundo", Achxuraxan, "gran señor", Achaxucana, "sublime". Junto a esta deidad creadora masculina existía otra conservadora femenina, llamada Achguayaxiraxi.

Julio Sánchez

En La Palma, el dios Abora dirigía el mundo desde lo alto del cielo. La naturaleza agreste de las islas infundía en los habitantes cultos reverenciales y de temor. En Lanzarote y en Gran Canaria subían los habitantes a las montañas más altas, por estar más cerca del cielo, para orar con las manos levantadas y hacer libaciones de leche y manteca. Al pie del Bentaiga se conserva aún el lugar de la ofrenda. Las montañas de Tirmac, en Gáldar, y de Umiaya, en Tirajana, eran también sagradas. Los palmeros hacían sacrificios de animales para ofrecérselos al roque ladafe. Los bimbaches en El Hierro creían que la divinidad se hacía presente sobre dos peñascos situados en el lugar llamado Bentaica (Los Santillos de los Antiguos) en formas de hombre y mujer, con los nombres de Eraoranhan y Moreiba. A ellos se dirigían las plegarias en tiempos de necesidad, los varones al primero y las hembras a la segunda.

El elemento femenino tuvo un papel relevante en el culto aborigen. En Fuerteventura, las profetizas Tamonante y Tibabrin hacían las veces de sibila y pitia en los adoratorios de piedra o efequenes. A los misioneros normandos Bontier y le Verrier no les fue fácil desarraigar estos ritos mágicos. En Gran Canaria se han hallado varios ídolos, representando a personajes masculinos y femeninos, o a diversos animales. Los femeninos estaban relacionados con la fertilidad. Además, las maguadas o las harimaguadas cuidaban de los santuarios. Eran vírgenes vestales que vivían en recogimiento como monjas y hacían las libaciones como sacerdotisas. Gozaban de gran estima y tenían privilegios. Para distinguirse de las demás mujeres sus vestidos de pieles eran blancos y más largos.

Los misioneros tuvieron en cuenta estas creencias y usos de los naturales a la hora de

evangelizar. No era fácil llegar a ellos con la imagen de Jesucristo Crucificado, porque no les era comprensible la doctrina de la redención. Además, sentían repulsa a los sacrificios humanos y a las prácticas sangrientas, excepto en La Palma donde sacrificaban a los niños en los años de hambre ante la imposibilidad de alimentarlos. Los carniceros eran considerados como impuros y debían vivir fuera de los poblados. Por todo ello, el mejor vehículo para llegar al entendimiento y a los corazones de los aborígenes canarios fue la imagen de la Virgen María, Madre del Ser Supremo y Creador en el que ellos creían. La virginidad y la maternidad, que se conjugaban en María, eran atribuciones que comprendían fácilmente aquellos primitivos canarios.

El apostólico obispo Diego López de Illescas fue el que, probablemente, acercó a las costas de Tenerife la imagen de la Virgen de Candelaria para atraer la curiosidad y admiración de los guanches, teniendo como su mejor divulgador al neófito Antón. Lo cuenta así Abreu Galindo: "De esta vez se fue con el obispo un natural de Tenerife, al cual tornándose cristiano, llamaron Antón. Este se mostró buen cristiano y muy devoto de Nuestra Señora que tenían los naturales en Tenerife. Este mozo Antón, yendo Diego de Herrera otra vez de armada, se huyó con deseo de ver sus parientes y tierra, cosa natural a todos. Dio noticia a los naturales guanches quién era la imagen que tenían consigo en Tenerife, de Nuestra Señora, que la sirviesen y honrasen, que era madre del que sustentaba la tierra y el cielo, y que por ella les haría el Dios que ellos tenían muchas mercedes. y de allí adelante los guanches la servían con más cuidado y reverencia, haciéndoles Nues-

tra Señora muchas mercedes siempre."

Otras imágenes fueron llevadas por los franciscanos al interior de las islas, donde vivían los campesinos y pastores, como la de La Peña en Fuerteventura y la del Pino en Teror. Los frailes franciscanos y dominicos se encargaron más tarde de escribir los relatos milagrosos de las apariciones, que se convertirían en tradición y leyenda.

El papel evangelizador de María lo explica magníficamente fray Alonso de Espinosa en su libro "Del origen y milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Candelaria" (1954), con estas palabras: "...con más razón se preciará Tenerife de tener por predicadora de la fe aquella en quien sola permaneció, así en actos exteriores, como interiores, que es la Virgen de Candelaria, patrona suya; que aunque con palabras no divulgó el evangelio, con su presencia dispuso los ánimos a recibirlo con mucha facilidad y a guardarlo con toda fidelidad y entereza; y es tanta la que los naturales con esta santa reliquia tienen, que si la fe no les enseñara la Candelaria ser madre de Dios, y no Dios, la confesarán a ella y tuvieran por tal, según la fe que con ella tienen, por haberles en su infidelidad aparecido y a la ley evangélica por su medio atraído."



Virgen de Candelaria con guanches, de José Aguiar. Siglo XIX.